

Lo que nunca me atreví a decir sobre la educación

JESÚS “CHUCHÍN”
GÓMEZ FREGOSO

Familias que deseducan

Después de un año de enseñar latín y griego a los jesuitas jóvenes, mi magisterio lo ejercí con estudiantes de secundaria en el glorioso y queridísimo Instituto Regional de Chihuahua (q.e.p.d.), víctima inocente de cierta “modernidad” educativa. Mi gran queja ahí era que sólo con muy pocos padres de familia lograba comunicarme, pues cuando podía relacionarme con alguno de ellos, el rendimiento del muchacho aumentaba en forma impresionante. Aquélla fue tal vez mi única queja de esos dos años felices.

Sigo pensando que a niveles de secundaria y aun prepa es fundamental la colaboración de los padres de familia. Obviamente, en primaria debe ser una exigencia todavía mayor. Una enorme parte del éxito o del fracaso del estudiante reside en la familia. Los maestros tenemos nuestra parte de

responsabilidad, pero no tan decisiva como la de la familia. A niveles universitarios, sobre todo según mi experiencia en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), se notaba la indeleble formación familiar para bien o para mal: alumnos educados, amables, estudiosos y responsables; muchachos y muchachas maravillosos que, por cada uno de ellos, uno sentía que ser maestro tenía enorme sentido. Me tocó también lidiar con gente increíblemente floja y grosera que carecía de la más elemental educación en forma nunca vista. Junto a personas bellísimas, había alumnos que denotaban una vida familiar inimaginada de falta de educación y de carencia lamentable de valores; con esa gente uno se sentía impotente e indefenso.

Nunca insistiré lo suficiente en que la familia, sobre todo el padre y la madre, es radicalmente esencial y decisiva en la educación. La escuela, por

Desde niño, en el rancho en que nació disfrutaba de la lectura, sobre todo de novela histórica y después de obras de historia, a la que siempre ha considerado como un cuento apasionante. De muy joven se apasionó con la historia de la guerra cristera y durante años tuvo a su cargo uno de los archivos “esenciales” donde estudiarla. Feliz jesuita desde hace 52 años.

Recuerda como una de sus mayores experiencias el movimiento estudiantil de París en mayo del año 1968, como fotógrafo del comité de información del Consejo Revolucionario de La Sorbona. Viajó por varias ciudades de Francia por parte de la Embajada de México, dando conferencias sobre historia de nuestro país. En su examen de doctorado en La Sorbona, uno de los sinodales, fuera de sí, le dijo: “su aztequismo me irrita”; pero le dieron mención honorífica.

Ha sido director de la biblioteca del ITESO, investigador de la historia de la Compañía de Jesús, maestro en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana de Roma, maestro de la Universidad de Guadalajara y está haciendo el catálogo de los más de tres mil libros antiguos que existen en la Biblioteca Pública del Estado.

Hábil para relacionarse con los jóvenes, futbolero, gourmet, melómano y cinéfilo, se autodefine como “un gordo feliz”. Por nada del mundo deja sus misas. A sus 68 años dice que su programa de vida se reduce a “procurar hacer todo el bien posible en los años que me queden y... gozar al máximo de la vida”. En octubre de 2001 inició otro proyecto: la historia del ITESO.

eficiente que sea, poco logra cuando la familia no propicia la armonía interna y el crecimiento de la persona; cuando no se inculcan valores, responsabilidades y respeto a los demás. Aun en grupos salvajemente numerosos, en los que el maestro poco puede hacer, el alumno avanza si cuenta excesivamente con apoyo y ayuda, con una familia que le esté exigiendo y esté al pendiente de sus problemas y dificultades. Y en sentido inverso, un alumno de una escuela con grupos pequeños, con educación personalizada, no avanzará si no tiene condiciones familiares apropiadas. En ocasiones, los papás protegen a sus hijos en forma tan radical que se resisten a ver lo evidente: defienden lo indefinible. A veces también los papás boicotean o combaten la labor que uno quiere hacer por el bien de sus hijos.

Los exámenes extraordinarios

Tal vez lo más absurdo que he vivido como maestro sean los exámenes extraordinarios, a los que siempre me he opuesto. Para comenzar, no debería haber exámenes tradicionales, o mejor dicho, los exámenes deberían ser continuos: la evaluación permanente durante todo el semestre, es decir la exigencia y relación personal entre alumno y maestro. El examen único no resulta una experiencia educativa y formativa que ayude al crecimiento del muchacho, y aun se presta a “negociaciones” y corrupciones. Más absurdo que el examen único resulta el extraordinario, que no se debería permitir: si el “estudiante” no estudió en todo el semestre, me resulta increíble que en una semana se pueda preparar. En mi opinión, tales exámenes son para ayudar a la gente floja y, en algunos medios escolares, para que el malpagado maestro obtenga una ayuda económica. Pienso que el que reprobó... reprobó: que repita el semestre. El examen extraordinario, reducido al mero conocimiento, a la simple entrega de datos o contenidos, cuenta poco para mí: lo que cuenta es la actitud del estudiante y los hábitos de trabajo que uno pueda irle formando, por no hablar de ideales y métodos de estudio, que es lo que el buen maestro debe infundir. Ni para qué hablar de exámenes escritos, en que los acordeones y la habili-

dad de copiar terminan por engañar al maestro de alumnos irresponsables que no desean aprender sino obtener la mínima nota aprobatoria. En todo caso, el examen extraordinario debe ser realmente extraordinario; con exigencia fuera de lo ordinario, que el alumno demuestre que asimiló la materia. En contrapartida, para que no haya exámenes extraordinarios, el maestro tiene que llevar a cabo una evaluación permanente, que con grupos numerosos resulta muy pesada.

Grupos numerosos con maestros malpagados

Sobre todo en escuelas oficiales, el infeliz maestro en ocasiones tiene que atender, lo mismo en primaria que en secundaria y preparatoria, grupos de 80 o más alumnos; es imposible pedirle al pobre maestro una educación de calidad. Sé de muchos maestros que tienen dos y hasta tres turnos malpagados, es absolutamente imposible que puedan trabajar bien, que preparen sus clases y se actualicen. Por supuesto que eso se traduce en una pésima calidad educativa. En la Preparatoria 2 de la Universidad de Guadalajara me tocaron dos grupos con los que preferí ignorar totalmente el programa que debía impartir, y durante todo el semestre me dediqué a enseñarlos a leer; no sabían.

Una consecuencia más de nuestra condición de país pobre e injustamente estructurado es la miseria que ganan los maestros. En el mundo oficial están mal pagados y los colegios particulares también pagan muy mal. Las escuelas cuidan como sea sus recursos y, por lo común, salvo colegios muy elitistas y caros —perdón por el pleonasmismo—, forman grupos tan numerosos que el pobre maestro no puede hacer gran cosa con la “masa humana” a su cargo.

El asunto de los grupos numerosos me parece fundamental. Hasta la fecha me gusta dejar un trabajo escrito para cada tema; pero es difícil revisarlos todos. En mis días, memorables y en general muy felices de la Prepa 2, lo que hacía era corregir en público dos o tres trabajos en forma teatral, muy vistosa, devolvía algunos más que corregía en mi casa y... los demás los “archivaba”,

es decir que después de anotar quién había entregado, iban al bote de la basura. Tan sólo anotar en la lista quién había entregado llevaba un buen tiempo. También resultaba imposible preguntar a cada alumno, escuchar a cada uno, dar un mínimo de atención personal a cada uno del grupo. Ni para qué reiterar, nuestra pobreza se refleja muy tristemente en el número de alumnos por maestro.

Por supuesto que esto lleva a otra reflexión: la profesión de maestro no es lucrativa, desempeñarla requiere vocación. Y, hablando de lucro, no sé cómo puede mantener de manera digna a su familia alguien que se dedique exclusivamente a ser maestro; no sé qué milagros hacen mis colegas que no tienen otro trabajo o, “de perdida”, que no son también investigadores, que no gozan de los beneficios del Programa de Mejoramiento del Profesorado (Promep), de grupos de liderazgo o del Sistema Nacional de Investigadores. En México, por lo que he visto, es imposible que los *pobresores* vivan dignamente con lo que ganan.

Maestro por vocación o por necesidad

Es radicalmente distinta la actitud del maestro que quiere ser maestro, que goza con serlo, de la del profesionista fracasado y mediocre al que no le queda otro remedio que “dar clases” para no morir de hambre.

Lamento no tener a la mano el discurso que mi llorado amigo Xavier Scheifler pronunció en el ITESO el día del maestro de 1994, exactamente un año antes de su exclusión: “El verdadero maestro da algo de su vida en cada clase”, dijo, según recuerdo. Ser maestro no es dar clases sino esforzarse por compartir con el alumno lo que para uno es más valioso; no sólo se imparten conocimientos, sino que uno comunica al alumno lo que considera digno de ser sabido y asimilado; se comparte un saber que gusta, que apasiona, que todos deben tener porque es importante. En mi caso, quisiera que todo mundo gozara la Historia (con mayúscula) y tratara de entenderla para ir comprendiendo un poco más a las personas que nos han ido engendrando desde hace siglos; que ese estudio nos ayude a entender por qué pasaron las cosas y a ingeniar que en el futuro todos vivamos

en un mundo mejor que el que vivieron nuestros antepasados. Deseo tener ingenio para hacer que los alumnos vayan asimilando los valores que más aprecio.

Xavier Scheifler decía que en la clase eran fundamentales los “comerciales” que el maestro iba comunicando. Según decía él, la expresión “comerciales” era de su alumno Vicente Fox, quien se refería a los mensajes que el maestro va dejando a través sus clases. Xavier y yo coincidíamos en muchas cosas, entre ellas en la convicción de que el maestro va trasmitiendo valores en la clase: valores explícitos que uno trata de comunicar y valores implícitos en el comportamiento y la actitud. Ambos opinábamos que lo valoral no necesita de cursos especiales, que éstos incluso pueden ser contraproducentes. Puede uno hablar mucho de Dios en los cursos y “vacunar” al alumno; en cambio, se habla acertadamente de Dios con la labor alegre y generosa de toda la vida del docente. Los “comerciales”, lo reitero, son los mensajes discretos y oportunos que el maestro va sembrando a lo largo de todo el curso, sin importar la asignatura que imparta.

Las evaluaciones del maestro hechas por alumnos

Para mí esas evaluaciones deberían hacerse después de un tiempo y no inmediatamente al terminar el semestre. No es raro que el maestro “barco” resulte muy popular y aplaudido, a diferencia del exigente. Creo que el tiempo todo lo matiza y da la dimensión real a las cosas. A mis alumnos les he dicho que no me importa lo que digan de mí al terminar el semestre, sino lo que opinen después de un año, de cinco, sobre todo de veinte... cuando hayan aquilatado lo que traté de darles.

No olvido el día que sepultamos a mi madre: llegó una ex alumna de la Prepa 2 a darme el pésame. Tenía años de no verla. Venía llorando, me abrazó con mucho afecto y me dijo: “Maestro, he ido entendiendo por qué me regañaba tanto; tenía usted razón.” A la fecha, es una señora de las que más me frecuentan. Otro ex alumno de la Prepa, de los lidercillos de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), me encontró en la

calle: “Usted fue el único maestro que me exigió. Después de años, quiero darle las gracias”, me dijo. Mientras fue mi alumno no me podía ver, me consta de sobra: hablaba muy mal de mí, como de intransigente e intratable, que no colaboraba con la FEG. Con este ex alumno, ahora agradecido, me hubiera ido muy mal con los “mevas” (evaluaciones que hacen los alumnos al maestro) del ITESO, que se hacen al terminar el semestre.

Me encanta contar la historia de una de mis ex alumnas de derecho más queridas del ITESO: después de dos años de haber sido mi alumna, me invitó a su graduación y luego nos fuimos a comer con toda su familia. Me abrazaba y me besaba de tal forma que de momento me sentí apenado con sus papás: “Te quiero mucho, pero de maestro eras *perro*; te tenía miedo.” Cada que me invita a su casa a comer, me encanta que le platique a su esposo las “perradas” que yo hacía de maestro. No sé cómo me hubiera ido con las “evaluaciones de los alumnos” (mevas) ahora muy usadas.

Los programas

Muchos programas del plan de estudios —de “la currícula”, como se dice bárbaramente ahora— son un impedimento para el avance real del alumno y un verdadero obstáculo para el maestro. Los programas de historia de México de las prepas de la Universidad de Guadalajara hace 25 años eran el colmo de la aberración: se trataba de que en dos semestres el infeliz alumno asimilara toda la historia del país, desde los tiempos prehispánicos hasta los últimos años. Sin faltar a una sola clase, cubría 15 o 20% del programa y el último día daba un resumen de todo el resto para poder firmar que el programa se había cumplido en su totalidad, porque, en caso contrario, había que completarlo en vacaciones. Siempre “cubrí” los programas en su totalidad con mi resumen final. ¿Cuánto retuvieron los alumnos de ese resumen?...

Eran también programas conductistas que resultaban un positivo insulto al maestro, casi indicaban la forma en que uno debía tomar el gis y las palabras que se deberían usar en la exposición. Siempre me molestó que, en vez de señalar preguntas o exposición de un tema, emplearan la palabra “reactivo”, como si se tratara de perritos

amaestrados que debían reaccionar a determinado impulso. Eran programas increíblemente pormenorizados y puntuales que suponían por parte del maestro una absoluta incapacidad creativa, de imaginación y de criterio propio. Añádase a todo esto que, en esos años, del decenio de 1970, estaban en su apogeo “los rojillos”, con un marxismo sectario e intransigente opuesto a toda libertad y respeto a las personas.

El colmo de la aberración fue hacia 1980, cuando hicimos los programas nuevos aunque sin poder sacudirnos el conductismo aberrante. Me tocó trabajar en ellos y, obviamente, presenté proyectos de programa de acuerdo con mi experiencia de 12 semestres. Me dijeron que eso no podía ser, porque los programas se enviaban a todas las universidades del país y no nos podíamos “quemar” con tan reducidos contenidos. Propuse entonces imprimir dos programas, uno para uso interno, con lo que en realidad se pedía, y otro “de exportación”, para “apantallar” a otras universidades.

Según se va ascendiendo en los niveles educativos, el maestro debería ir teniendo más libertad para impartir su materia y elaborar sus propios programas: debo decir que en la Universidad de Guadalajara, aún en el decenio de los setenta, siempre tuve libertad en la práctica, autorizado implícitamente por la dirección de la escuela, para hacer mis programas personales, aunque, como dije, al redactar mi informe docente cada día, fuera copiando el programa oficial para cumplir con las formas establecidas.

Actualmente, y sigo hablando de la Universidad de Guadalajara, me siento muy satisfecho por la libertad y confianza con que trabajo; el colmo es que cada que modifiqué mi propio programa me dan “puntos buenos” en mi historial o currículo de docente. En universidades del primer mundo es frecuente que varios maestros impartan la misma materia y el alumno elija el grupo ya conociendo las diferencias del programa de cada maestro y sus ideas personales.

La clase-conferencia y la exposición del “rollo”

Según se va ascendiendo en los grados escolares, el maestro, en mi opinión, debería hablar menos

y ser cada vez más un orientador o acompañante del alumno en el trabajo personal de lectura y reflexión. Conozco diplomados en que el requisito es asistir a tal número de exposiciones sin la menor exigencia de lecturas personales por parte del alumno. ¿Cuánto retiene uno de la conferencia por brillante que ésta sea? Conozco colegas que en cada curso “echan su rollo” perfectamente memorizado, sin enriquecerlo con nuevas lecturas. Colegas que nunca han leído una revista de su especialidad y sólo repiten, cada semestre, lo aprendido hace años. En escuelas de derecho —conozco varias— es frecuente que el maestro sólo repita, bien memorizado, el código respectivo, sin la menor reflexión en los valores de la justicia y del verdadero Derecho, con mayúscula. En este caso, “los comerciales” son más importantes que los artículos y apartados de cada ley escrita. Hay mucha información pero nula formación ética y humana, se va deformando al alumno con un simple cúmulo de conocimientos fríos, y seguimos teniendo abogados y políticos positivistas “con apego a la ley”, aunque tal ley sea injusta.

Los exámenes departamentales

En las preparatorias de la Universidad de Guadalajara se hacían —¿o se hacen?— exámenes departamentales; algunos maestros redactan los exámenes para que todos los docentes de la materia los apliquen en sus grupos. Como, por lo común, me tocaba a mí elaborarlos, los aplicaba; pero me habría sentido muy ofendido si se me hubiera obligado a examinar con preguntas o formas que otros elaboraran. Enseño a mi modo y examino a mi modo; si se me confía un grupo es porque la escuela cree que lo puedo hacer: confía en mí. Considero insultante que se le diga al maestro qué debe preguntar. Claro que hay conocimientos elementales o fundamentales que por ninguna razón se pueden omitir; es algo de lo que más hemos comentado con los colegas del Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (CENEVAL) cada que revisamos los exámenes para ingresar a las facultades.

Por otra parte, creo que los exámenes departamentales pueden tener sentido cuando el nivel de

los maestros es tan bajo que hay que auxiliarlos hasta en cómo formular un examen —dicho con todo respeto a más de uno de mis ex colegas de las preparatorias de la Universidad de Guadalajara.

La capacitación de los maestros

La capacitación debería ser fundamental. Volvemos al capítulo de los maestros por vocación y los maestros por necesidad. El pobre colega que se dedica a la docencia simplemente para ganarse la vida, sin vocación, debería capacitarse en dominar muy bien la materia que va a impartir y en técnicas didácticas. En contrapartida, el maestro por vocación domina sobradamente su materia, que le apasiona, y piensa con ingenio en cómo impartirla. A nadie nos estorban los cursos de didáctica, pero no son esenciales para quien goza al impartir su materia. Dudo que Xavier Scheifler, uno de los mejores maestros que he conocido en mi larga vida, haya tomado cursos de didáctica; no le hacían falta, porque su dominio de la materia y su pasión y su gozo por comunicarla eran los instrumentos insuperables para impartirla. Era un maestro altamente capacitado sin cursos de capacitación. Recuerdo cuando lo invitaba en el ITESO a mi curso de historia de la cultura a exponer a Tomás Moro y a Carlos Marx. Cuando exponía sobre éste último tenía que decir: “Yo no soy marxista. En otra clase les puedo exponer las fallas de Marx”, porque era tal el entusiasmo con que hablaba que parecía que exponía sus propias ideas.

Me temo que en universidades públicas y privadas no se contrate a maestros preferentemente porque dominan su materia y porque quieren comunicarla, sino por otras razones: compadrazgos, favores, compromisos políticos. Con esos maestros nuestro nivel educativo difícilmente irá mejorando.

No estaría por demás decir que de los innumerables cursos de didáctica, de capacitación y “nivelación” académica a los que me obligaron a asistir durante mis 20 años en la Prepa 2, solamente uno, uno, lo reitero, me pareció útil y aun apasionante; los demás resultaron una molestia casi insuportable.

Maestro feliz

No puedo terminar estas notas sin decir lo feliz que he sido en mis 42 años de magisterio tratando de ayudar a la gente joven; ojalá no haya deseducado ni malformado a mucha gente, pues es ingenuo pensar que todo lo hice bien.

Mis primeros alumnos, a partir de mediados de noviembre de 1959 fueron muy exigentes y críticos: los jóvenes jesuitas que en el seminario de San José de Puente Grande estudiaban letras clásicas: Cicerón y Virgilio, en latín; Platón y Jenofonte, en griego; Cervantes, Azorín, Machado y González Martínez, junto con Juan Rulfo, que era la novedad de aquellos años, fueron los autores que me tocó trabajar con un grupito entusiasta de jóvenes muy estudiosos. Después, dos años maravillosos en el difunto y, muy lamentablemente, clausurado Instituto Regional de Chihuahua, de donde entre muchísimos excelentes alumnos tuve en secundaria al actual gobernador de ese estado Patricio Martínez y al señor procurador de Justicia del estado, González Rascón, al que recuerdo cuando llegó a matricularse a sexto de primaria y en varias ocasiones he tenido el gran gusto de volverlo a ver. Cuando, en diciembre de 1961, me fui a México para estudiar teología y prepararme para la ordenación sacerdotal, me fui literalmente llorando; la primera hora del viaje en autobús de Chihuahua a Delicias, lo recuerdo sin vergüenza, tuve siempre los ojos húmedos.

En México, en la Universidad Iberoamericana, de 1962 a 1965, colaboré en una especie de departamento de ayuda en la fe cristiana. Lo que estudiaba en el seminario, me esforzaba en traducirlo, en lenguaje actual y juvenil, para los estudiantes de la Ibero; fue una experiencia maravillosa. Luego, ahí mismo, al hacer mi servicio social, impartí historia de Grecia a las muchachas de segundo semestre. Casé a varias de ellas y las sigo frecuentando; una de ellas, abuela ya, cada que viene a Guadalajara con su esposo, me invita a comer en el restaurante que yo elija. Después, en Francia, mientras estudiaba, amigas de La Sorbonne y del Instituto Católico me invitaban con mucha frecuencia a dar charlas sobre México.

Viajé mucho por parte de la Embajada de México, hablando sobre historia y arte de México en muy variadas ciudades. Cuando terminó el inolvidable mayo de 1968 resultó que, no sé por qué, me comenzaron a invitar de diversos colegios jesuitas de Francia para que les hablara sobre los movimientos estudiantiles de Francia: un mexicano hablando de asuntos franceses para compensar un poco a los muchos franceses que, después de estar un mes en México, pontificaban doctoralmente sobre historia y problemas de México. Total, también fueron años de convivir y dizque educar a la gente joven.

Al llegar a Guadalajara, en agosto de 1970, comencé mi trabajo en aquel ITESO maravilloso de muy escasos recursos económicos y una mística increíble en los ideales cristianos; no se hablaba de pedagogía ignaciana ni de universidad jesuita, pero tengo la convicción de que un muy buen número de alumnos asimilaron mucho de lo que en diversas formas traté de comunicarles.

De 1970 a 1981 y de 1987 a 1995 conviví con no sé cuántos alumnos y alumnas del ITESO. Guardo un recuerdo inmensamente grato de esos años y todavía me reúno con un buen número de ex alumnos y ex alumnas de entonces. Me encantaban los grupos de Ciencias de la Comunicación, que fue mi primera escuela, de 1970 a 1975 aproximadamente. Di algunos cursos a contadores y administradores, y también predominan las remembranzas memorables. La Escuela de Relaciones Industriales y la de Psicología fueron mis preferidas de 1975 a 1981. Mis únicos recuerdos desagradables son de algunos arquitectos muy altaneros y soberbios. En estos años también di clases a jesuitas jóvenes; con un grupo de ellos, entre los que estaban Luis Valdez y David Velasco, tuve una de mis dos experiencias más gratamente memorables de mi vida: después de aburrir por tres semestres a esos jesuitas con clases sobre historia de México, ellos, fuera del plan de estudios, me pidieron un cuarto semestre. Ha sido para mí uno de los máximos elogios que he recibido en mis 42 años de maestro.

En marzo de 1974 entré a la Universidad de Guadalajara, a la Prepa 2, en tiempos en que la FEG estaba en su apogeo de violencia: el primer

año me tocaron dos balaceras en el patio, mientras daba clase. Estuve en esa Prepa hasta junio de 1995, con algunos paréntesis en la Universidad Gregoriana de Roma, donde, hacia 1984, en un seminario del Doctorado en Historia de la Iglesia, el último día del curso, un brasileño me dijo: “Le dijimos al decano de la facultad que, aunque usted no pasa lista de asistencia, es la clase que no nos queremos perder.” Luego, un colombiano dijo: “Aunque nunca lo volvamos a ver, tenga la seguridad de que lo recordaremos y de que lo aprendido en clase nos servirá mucho a todos al regresar a nuestros países.” Éste es mi segundo recuerdo más gratamente memorable en mis años de maestro.

Por muchos años, la Prepa 2 fue mi vida: gocé con la compañía de mis colegas maestros, entre quienes sigo contando con varios de mis mejores amigos y con ellos me sigo reuniendo por lo menos una vez al mes. Disfruté inmensamente mis clases sobre la Revolución mexicana, con mis métodos “científicos” de pedagogía: les ponía orejas de burro, estrellitas; instituí diversos premios: el teflón de oro, el chupón de plata y no recuerdo cuántos más. ¡Cómo gocé mis clases! Los últimos años, de 1992 a 1995, me sentí con menos energía y dejé la Prepa.

En 1987 regresé al ITESO: gocé muchísimo mis cursos en Psicología y en Derecho, fueron de mis tiempos más felices, que terminaron en junio de 1995.

En 1996 me invitaron a la Escuela de Historia y a la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara. Los últimos años me he limitado a

la de Historia, donde continué muy felizmente. Me pidieron dos materias que nunca se habían impartido y para las que no encontraban quién las diera: historiadores griegos, latinos y medievales en un curso; y en el otro, historiadores de la conquista de México y de la Colonia. Aunque ninguno de esos dos cursos eran de mi especialidad, acepté y continué muy contento en grupos donde predomina, y con mucho, la gente amable, simpática y agradecida.

Capítulo aparte merecen mis alumnas de la Maestría de Historia de México, que me resultan muy gratificantes, por no hablar del Grupo de Liderazgo sobre Historia del Occidente de México, donde maestros y alumnos distinguidos compartimos conocimientos y experiencias; no me cabe la menor duda de que todas las alumnas jóvenes del grupo llegarán muy alto como historiadoras. Desde el otro mundo, estoy seguro, gozaré viendo sus éxitos.

Nunca había expresado lo feliz que he sido en mis 42 años de magisterio. Por supuesto que no todo fue vida y dulzura, pero lo agradable predomina con mucho sobre los puntos negros y días nebulosos. Con mucho gusto volvería a vivir esos años. Lo reitero: ser maestro no es económicamente lucrativo; pero, si se tiene vocación, es algo de lo más afortunado que le puede ocurrir a una persona en este maravilloso mundo.

Deseo que los maestros del futuro sean todavía más felices de lo que yo lo he sido. En mi epitafio deberían escribir: “Aquí yace un hombre feliz que trató de ser maestro.”



Jorge Barragán



COLUMBY 01

Amparo Barajas